

# A MI AMIGO LUIS BUSSELO

**Felipe GURRUCHAGA**

Colgó mi mujer el teléfono y la vi llegar con los ojos brillando bajo dos gruesas lágrimas.

- Luis acaba de morir.

Hice un esfuerzo y decidí quedarme solo. La película de nuestra vida pasó entera, clara, perfecta, con todo lujo de detalles. Las pocas veces que le vi ya retirado tuve la suerte de que estaba bien. Por eso, mis recuerdos eran vibrantes, intensos, de aquel Luis alegre con quien tantas horas compartí.

Conocí a Luis cuando yo tendría unos catorce años... Me habían dicho que en "las Agustinas" organizaba él las fiestas y que hacían gigantes que construían ellos mismos... que contrataban bandas y tiraban cohetes...

Para mí, "de Castaño", fue como una expedición a otro país. Cuando llegué con mis inseparables amigos de entonces, los hermanos Pedro Mari y Jesús Urquiza, en las Agustinas estaban en plena efervescencia. Luis era un personaje mítico: rodeado de todos los chavales del barrio y con su amigo Miguel Angel (Aznar) su imagen fue impactante. Tenía un humor increíble, hacía de todo y daba órdenes continuamente, amenazaba y se enfadaba... riéndose.

Nos recibió como lo que debimos parecerle: una embajada de Castaño en busca de tecnología para organizar sus propias fiestas.

Nos admitió con su enorme corazón abierto y risueño. Y para cuando nos dimos cuenta ya estábamos colgando guirnaldas. Y así fue como una tarde tras otra, el camino a las

Agustinas se convirtió en lo más deseado de aquel verano de 1945 ó 1946.

Alrededor de Luis y con Luis, conocí el mundo más rico que un joven con mis aficiones podía conocer en el Rentería de la posguerra. Luis me fascinaba con sus conocimientos de dibujo. Con él aprendí que había unas pinturas "de gouache" con las que él hacía unas marquetorías "de casheros" muy en boga en aquella época. Luis dibujaba, pintaba y cortaba con una habilidad sorprendente.

Su casa fue para mí como una segunda casa.

Luis me introdujo en el mundo del teatro. Entrar en el escenario de On-Bide producía una emoción especial. Con él aprendí a pintar decoraciones y a montarlas; colgué y descolgué bambalinas y fondos y asistí a la magia de los ensayos y con Luis viví las inolvidables sensaciones de los estrenos.

Todo esto lo hacíamos "fuera de horas", es decir a la tarde-noche-madrugada. Por eso, después de terminar nuestra sesión de pintura de decoraciones, o cualquier larga reunión "organizando" algo (organizar era nuestra palabra favorita), acompañaba a Luis a su casa. Subíamos por la cuesta del "Topo", luego por las escalerillas y calle Arriba, lenta, muy lentamente, hablando sin parar de todo lo humano y lo divino. Llegábamos a la puerta de Luis, "Eskui"; a veces su madre se levantaba y susurraba "¿es que no tenéis hora?". Seguíamos hablando, nos despedíamos y cuando yo arrancaba hacia abajo, Luis me acompañaba un poco... otro poco y para cuando nos dábamos cuenta ya estábamos subiendo de nuevo.

Nuestros mundos se comunicaban de manera total. Nosotros no nos conformábamos con "pasar el rato divirtiéndonos". Nosotros necesitábamos "hacer algo", "crear algo", para



Foto: GARCIA ASURMENDI (Rentería)

divertirnos. Unas veces eran las fiestas del barrio, otras eran los teatros... muchos domingos por la mañana salíamos a pintar al óleo o a dibujar apuntes. Nuestros únicos "piques" se daban por las tardes de los domingos en las largas partidas de ajedrez.

Nuestras primeras "perras" (ahora se les llama "pelas") las hicimos pintando cintas para las carreras de cintas. "Las mejicanas" (las hijas de "Petuta") eran las que más pagaban y pintar sus cintas era un honor... y un ingreso extra.

En nuestra cuadrilla también había que hacer algo, no bastaba con salir. Y fundamos la S.E.R.T. (Sociedad Estudio Religión/Recreo y Trabajo) en referencia a todas nuestras actividades de entonces. Nuestra obligación, más penosa para algunos y más interesante para otros, era escribir un artículo periódicamente y luego hacíamos una Revista. "Nuestro Libro" se llamaba. Hicimos tres números y el tercero, con sus ilustraciones en color, desapareció. Quisiera pensar que aún existe en alguna parte y que alguien podrá encontrarla; le perdimos la pista en casa de "Don Joe" (Don José Luis Lecuona) como le llamaba Luis a nuestro Consiliario.

A medida que fuimos creciendo asumimos tareas de mayor responsabilidad. Una de ellas fue la Tómbola de Caridad y du-

destrozado las gomas de sus muletas y en aquella época no había repuestos. Fue un golpe duro. Todas nuestras fuerzas se concentraron en resolver el problema; pero no había nada que hacer, fracasaron cuantas soluciones imaginábamos. Hasta que un día se me ocurrió la idea: Lezo estaba a dos pasos. Y de sus paredes colgaba un inmenso tesoro que sólo valía para nosotros: ¡muletas!. Muletas de todas las clases y tamaños. Y cada muleta terminaba en el material más preciado... un taco de goma. ¡Alguno valdrá!, pensamos. Descartado el pedir las, pues los exvotos serían innegociables y ello anularía la posibilidad de tomarlas, decidimos que lo mejor era robar las gomas y que aunque el párroco no nos lo perdonaría -si se enteraba- Dios sí lo haría y fijamos la fecha de nuestra acción. Quiso la Providencia que el padre de Luis mandase tornear unos moldes y le hiciesen a tiempo los preciados tacos.

Metido en este recuerdo montañoso creo que debo añadir algo más. Pikorronea era entonces un lugar de difícil acceso desde Rentería. No había coches y se iba andando. Para llevar a Luis alquilamos una "mandua" (que no sería tal, pues los mulos son estériles y aquella, por lo que ahora diré, creo que acababa de dar a luz). La casera, por no perder unas perras y hacerle un favor a Luis, accedió a alquilarla con la condición de que sólo montara Luis y ninguna carga más. Y allí, en medio de



Foto: GARCIA ASURMENDI (Rentería)

rante unos años fuimos atrapados por el micrófono. Mi padre oía la llegada del Tour de France en una radio francesa, nos daba los ganadores y los tiempos y nosotros "radiábamos la llegada en directo". Como nuestros datos eran exactos, cada vez teníamos más gente. Era una delicia ver las caras de nuestro público por una rendija, mientras poníamos toda la pasión del mundo en animar la llegada de cada día.

Luis era incansable y nada le detenía para seguir con su cuadrilla. Eramos socios de Urdaburu y el monte y su aventura nos atraían. Un año comenzamos a organizar una expedición a Pikorronea. Por aquel entonces no había tiendas de campaña. No importaba. Joaquín (Bengoechea) llevaría un par de toldos de sus camiones. Hicimos unas angarillas para el transporte, que luego servirían para montar los toldos. Los preparativos nos llevaron varios meses, hasta las vacaciones. La fecha estaba próxima cuando se presentó el problema: a Luis se le habían

los dos cestos se montó Luis. Tiraba del ronzal un chiquillo. Nosotros le seguíamos de mala manera pues los toldos pesaban toneladas, los sacos de patatas y cacharros de cocina más todavía y la maldita lámpara de ferroviario nos machaba la espalda y las piernas cada paso que dábamos.

No es de extrañar que apenas dejamos de ver el caserío, "Teo" (Teodoro Urcola), largase el quinqué dentro de uno de los cestos y así tras el quinqué, poco a poco, fue entrando todo. La cuesta que subía de Barregoloya por detrás de las cuevas de Landarbaso resultó infranqueable para el pobre animal. Resbaló y cayó al suelo, sin poder levantarse con las cestas, el farol destrozado, Luis junto a la mula que, que patas arriba, impedía acercarse dando coces al aire con los ojos a punto de salirse; el chaval salió pitando hacia su caserío...

No recuerdo cómo, pero terminamos en Pikorronea. Luis

cocinaba de maravilla y yo le cambiaba mi turno. Cuando me tocaba cocinar a mí, yo fregaba (que era la labor que nadie quería) pero al menos podía chuparme los dedos de gusto antes de fregar.

Nuestra pequeña sociedad, la de la cuadrilla, era una Sociedad organizada: teníamos Estatutos, Reglamento, Tesorero, Libro de Actas y la Revista. Aún conservo las actas, el 7 de Septiembre de 1947, acordamos subir nuestra cuota interna a 7,15 pesetas mensuales. Luis siempre salía elegido Presidente.

Era un presidente carismático para la juventud. Por eso cuando llegamos a nuestras veintenas asumió la Presidencia de los Luises con una preparación fuera de lo común.

Después se creó la JOAC y formamos en grupos de trabajo distintos.

Durante algún tiempo, en los Luises, publicamos la revista "RUMBO" (de la que desgraciadamente no conservo ni un sólo ejemplar). Aún no me explico cómo podíamos hacer tantas cosas.

Con los años cambió Luis sus viejas muletas de madera por otras de tubo. Le acompañé a ponerse "los aparatos" en los que tanta ilusión pusimos y viví y vi sus profundas llagas.

En nuestra Revista Luis escribió un día: "Para mí, vosotros: Felipe, Jesús, Pedro, José Antonio, Teodoro e Ignacio, sois los mejores amigos que he tenido y tendré en vida; y al disfrutar de la amistad que nos une, sé que disfruto de un lujo que el dinero, no puede comprar".

Así era Luis. Yo sentía lo mismo por él.

Con los años el trabajo empezó a ser absorbente. Era preciso trabajar en más de un sitio para poder casarse.

Cuando me casé vine a vivir a San Sebastián. Dejé de ver a Luis... Volví a estar con él en pocas ocasiones. Demasiado pocas. No sé si fue bueno o malo para ambos. Pero nuestra juventud era irreplicable.

Es posible que Luis haya alcanzado el descanso eterno. Es posible que el morir la víspera de su Santo no haya sido más que una manera de cambiar de actividad y eligiendo el día.

